

mento no habia ni una sola nube. El cielo estaba puro y el sol eclipsaba (1).

Un extraño sentimiento de pavor se apoderó de cuantos estaban en la plaza.

Conmovidos por las escenas que acababan de presenciar, y con lo poco estendidos que estaban entonces los conocimientos científicos en México, el vulgo encontró una misteriosa relacion entre aquel hombre que acababa de morir, y aquel astro que velaba sus rayos.

Todos pensaron que la muerte de un inocente indignaba á Dios, y que aquel eclipse era la prueba del desagrado con que la Divinidad habia visto el sacrificio.

En un momento la gran plaza quedó desierta porque las jentes temerosas se retiraron á sus casas, y solo la tropa, los verdugos y Fray Anjelo permanecieron en sus puestos.

Cuando la cabeza de Benavides fué separada completamente del tronco, ningun curioso habia ya que la viese.

Una de sus manos fué clavada en la horca, la otra y la cabeza depositadas en una caja para ser enviadas á Puebla, á donde Benavides habia sido muy obsequiado, y el cuerpo en un miserable ataúd, conducido por unos presos al cementerio.

Soldados y verdugos habian desaparecido, y solo quedaba en la plaza, un fraile orando al pié de la horca.

Era Fray Anjelo!

(1) En el mismo dia miércoles 12 de Julio de 1684, en que ahorcaron á D. Antonio de Benavides el *Tapado*, y le cortaron las manos y la cabeza, hubo un eclipse de sol segun refiere el Lic. D. Antonio de Robles, en su *diario de sucesos notables*. (Nota del autor.)

XVII.

En donde se vuelve á hablar de D. Lope y de Doña Laura.

ASI al mismo tiempo que acontecia esto en la plaza, tenia lugar otra escena triste en la casa de D. Lope de Montemayor.

En una estancia, cuyas puertas casi cerradas dejaban apenas penetrar un débil rayo de luz, una mujer agonizaba.

Era D^a Laura: de un lado de su lecho estaban dos esclavas y del otro contemplándola sombríamente D. Lope de Montemayor.

La respiracion de aquella mujer era fatigosa, y grande la inquietud que mostraba ajitándose en la cama á cada momento, y pronunciando palabras cortadas é incoherentes

D^a Laura estaba horriblemente pálida y estenuada, era casi un esqueleto; sus ojos hundidos brillaban con un ardor febril, y dentro de su boca parecia pegarse su lengua á las fauces.

Las esclavas procuraban á cada momento componer las ropas de la cama, que la enferma arrojaba en su agitacion.

De pronto pareció entrar en un profundo sueño, y quedó tranquila como un niño dormido.

D. Lope, sin apartar la vista de aquel rostro demacrado, permaneció inmóvil mucho tiempo.

De repente se escuchó en la calle el sonido de la campanilla del Señor de la Misericordia.

Era que sacaban de la prision á Benavides para llevarlo al suplicio.

El sonido de aquella campana, que se acercaba, se fué haciendo cada vez mas perceptible en medio del silencio que reinaba en la habitacion.

Entonces D^a Laura, como despertando, abrió sus grandes ojos y paseó su mirada con estrañeza por toda la estancia.

Pero aquella mirada no era ya la mirada hosca ó vaga de un demente, era la mirada lánguida y triste de un enfermo.

D. Lope lo advirtió, y se levantó instintivamente de su asiento.

—D. Lope—dijo con ternura D^a Laura.

—Yo soy, señora, yo soy—contestó el jóven arrodillándose profundamente conmovido al pié del lecho, y tomando una de las manos de la dama.

—D. Lope ¿en dónde estoy?.....

—En vuestra casa, señora, en vuestra casa.

—¿Pues qué es esto?.... ¿qué ha sido de mí?....? he soñado cosas horribles....! pero no sé.... no puedo recordar....!

—Dejad eso señora, reposad, que bien lo necesitais....

—¡Ah....! ¿qué es eso?—esclamó D^a Laura oyendo con esa delicadeza de oido que tienen los moribundos, la campanilla del Señor de la Misericordia—..... ¿qué campana es esa?

—Es una procesion—contestó D. Lope tratando de distraerla.

—No.... esa.... esa.... no es procesion.... esa.... es la.... campana..... de los..... ajusticiados.... ¿á quién.....?

D^a Laura apenas podia continuar, y con su mano delgada y pálida procuraba hacer señas á D. Lope para concluir la frase.

Bien comprendia el jóven de lo que se trataba; pero no queria contestar directamente.

—Dejad eso, señora—decia—cuidad solo de vos, de vuestra salud. ¿Os sentís mejor?

—Sí, me siento bien: muy débil..... pero mis recuerdos..... ¿en dónde estaba yo?..... en mi casa.... luego unos hombres.... me sacaron..... una mujer.... D^a Inés, eso es.... D^a Inés....

—Señora, no recordeis eso, que son solo delirios de una fiebre y que tomáis por cosas reales.

—Puede ser.... puede ser..... pero esa campana.... todavía la escucho.... ¿quién?.... habia un hombre en peligro.... de muerte.... ¿quién era?.... ¿quién.....?

D. Lope miraba con ternura á la dama, como siguiendo el hilo de aquellos muertos pensamientos.

D^a Laura quedó pensativa, y luego exclamó:

—Ah!.... ya recuerdo..... D. Antonio..... de Benavides..... ¿ya lo van á.... matar?

D. Lope calló y la dama calló también, y duró el silencio por mucho tiempo.

El sol comenzaba ya á eclipsarse, y las sombras iban envolviendo el aposento.

—Anochese?..... preguntó la dama.

D. Lope, estrañando aquella oscuridad, consultó su muestra.

—Es estraño—dijo—son apenas las tres.

Y levantándose, se dirigió al balcon; en la calle reinaba la misma oscuridad, y se veía pasar á la jente que volvía espantada de la ejecucion de Benavides y del eclipse.

—D. Lope—dijo D^a Laura.

—Señora—contestó el jóven, volviendo á su lado.

—Venid cerca de mí; siento un estraño vigor en mi cuerpo y en mi espíritu.

—Será que os aliviais.

—No, D. Lope, no; este será el último resplandor de una lámpara que se estingue: D. Lope, yo me muero!

—No digais eso!—esclamó espantado el jóven.

—Sí, yo me muero, no sé de qué! no lo sé! pero yo me muero.

—¡Señora!

—No me interrumpais, oidme: yo amé con delirio á un hombre, y ese hombre murió de una manera trágica. Lloré toda mi vida; pero os conocí, me amásteis, y casi estaba á punto de corresponder vuestro amor; Dios no lo permitió y me hizo perder la memoria, y el espíritu de Malades viene por mí; soy su esposa ante Dios, y no podía permitir que amara yo á otro hombre, tiene razon.... ¿comprendéis? tiene razon; perdonadme, si pude alentar vuestras esperanzas, yo misma me engañaba.... pero él me llama.... adios.... D. Lope.... no me olvideis.... rezad por mí.

Y D^a Laura, como fatigada de aquel supremo esfuerzo, dejóse caer en el almohadon de la cama y cerró los ojos.

D. Lope tomó una de las manos de la dama y la llevó á sus labios.

Pasó un rato, y D. Lope miró el rostro de la dama, y se estremeció; tocó su frente, y estaba helada.

El jóven lanzó un grito: D^a Laura habia dejado de existir.

En este momento cortaban el cuello en la plaza al cadáver de D. Antonio de Benavides.